

Buscar a Dios

Durante los días de Cuaresma, muchos cristianos aprovechan la oportunidad de este tiempo litúrgico para hacer Ejercicios Espirituales, para intensificar la oración personal, para hacer una puesta a punto de su organismo espiritual. Yo mismo he tenido la oportunidad preciosa de dirigir Ejercicios Espirituales a sacerdotes en la primera semana de cuaresma, y en estos días pasados hacer lo mismo para una comunidad de monjes benedictinos.

Dice el salmo 27: «Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro. -Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro». En definitiva, se trata de eso, de buscar a Dios con todo el corazón. Y el que lo busca, no tardará en encontrarlo, porque Dios sale al encuentro del que lo busca de verdad. Vale la pena invertir energías, tiempo y ganas en esa tarea fundamental de nuestra vida, la tarea de buscar a Dios sinceramente.

Esa inquietud del corazón humano, a veces ese disgusto que muchas veces experimenta el corazón del hombre, proviene de la sed de Dios. «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti», nos recuerda san Agustín en sus Confesiones, después de haber buscado la felicidad de tantas maneras. El hombre ha sido hecho para Dios, el hombre no puede vivir sin Dios. Por eso, todo intento de suprimir a Dios de la vida del hombre conduce a la asfixia, no resuelve el problema, sino que lo agrava.

A veces, el hombre es capaz de distraer esa necesidad de Dios, y se entretiene con las cosas que le rodean, pero ninguna de ellas le llena el corazón, porque está hecho para Dios. No le puede llenar la búsqueda de placer, disfrutando sin freno de las cosas de este mundo, a veces incluso contra la ley de Dios. Eso le hace cada vez más esclavo de sus pasiones desordenadas. Cuando se busca ahí la felicidad, el vacío interior crece de día en día.

Tampoco puede llenar el corazón humano el afán de poder, de influencia, de dominio, de fama. Eso dura una temporada, y pasado el encumbramiento viene el hundimiento. Cuánta gente ha sido algo en la vida, y pasado el tiempo es un *donnadie*. Sólo queda el bien que haya hecho, lo demás se pasa. Lo constatamos

en la vida política, en la vida eclesial, en la vida empresarial, en la vida social. Pasan unos años, y todo se termina.

Hay quienes buscan la felicidad en el dinero, porque te da muchas posibilidades. Pero la avaricia es una idolatría, además de ser un vicio capital, que no deja descansar el corazón del hombre, y es origen de otros muchos desórdenes. Hay personas que, por dinero, son capaces de hacer lo que sea, y no encuentran reparos ni escrúpulos para dejar de ser honrados, abandonar sus obligaciones o atropellar a quien sea.

La felicidad sólo está en Dios, y sólo Dios puede llenar el corazón del hombre. Uno se encuentra feliz cuando hace el bien a los demás, cuando busca parecerse a Dios. Cuando es generoso, honrado, humilde, servicial con todos. Cuando acepta con paz y serenidad las contrariedades de la vida, el fracaso, la pérdida de un ser querido. La última palabra la tiene Dios, y Él sabe lo que hace, aunque nosotros muchas veces no lo entendamos. «Confía en el Señor, y él allanará tus caminos», «Encomienda tu camino al Señor, y él actuará», nos recuerdan los salmos.

El tiempo de cuaresma es un tiempo propicio para buscar a Dios con verdadero deseo, y que ese deseo purifique tantas adherencias bastardas que se nos cuelan en el corazón humano. Buscad al Señor, buscad su rostro. En Él está la felicidad del corazón humano.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández